

mariscal, no se hubiese libertado el Pontífice de caer en manos de sus mayores enemigos. Habiendo llegado Chaumont casi á la vista de Bolonia, se empeñó en diferir el golpe hasta el dia siguiente, á pesar de las instancias que le hicieron los Bentivoglios, para que entrase en la ciudad sin perder un momento: lo que, junto con algunas proposiciones ilusorias de composicion, frustró enteramente la empresa proyectada. Llegó en este intervalo un socorro de tropas españolas, que puso en libertad al Papa, y llenó de ignominia al general francés por no haber sabido aprovecharse de una ocasion tan favorable. El sentimiento que le causó este suceso, y la mofa que de él hicieron en Francia, donde se atribuyó toda su reputacion pasada al favor de su tio el cardenal de Amboise, le causaron una tristeza tan grande, que bastó para quitarle la vida. Algunos dias despues de esta aventura estuvo tambien el Pontífice muy espuesto á caer en manos del caballero Bayardo, que en esta ocasion delicada, sostuvo perfectamente, del mismo modo que en todas sus expediciones, el título que se le daba de caballero sin tacha. Debió Julio su evasion á la casualidad ó al capricho del tiempo, que habiéndose revuelto de improviso, le obligó á retroceder, en vez de continuar el camino donde le esperaban.

Habia acabado su Pontificado, si hubiese caido en manos de sus enemigos, y hubiera hecho en el concilio que se iba á abrir en Pisa, el mismo papel que hizo en Constanza Juan XXIII, al cual se parecia en muchas cosas. Pero en vez de verse reducido al triste

estado de cliente de los Emperadores, tuvo la felicidad de incorporarse con sus tropas y con sus aliados, y se mantuvo en el alto grado de poder á que habian llegado los Pontífices romanos, así por su diligencia, como por los esfuerzos de su predecesor Alejandro VI. Sin acordarse de los peligros á que acababa de estar espuesto, y sin atender á su dignidad ni á los nuevos cargos que iba á suministrar al concilio que se congregaba contra él, volvió á ponerse á la frente de algunas tropas, acompañado de tres cardenales, marchó al egército que sitiaba á Mirándula, y se alojó en la cabaña de un aldeano, espuesta á la artillería de la plaza.

Estaba á caballo de dia y de noche, sin embargo de que tenia ya setenta años, de que se hallaba muy achacoso, y á pesar de lo riguroso del invierno, y de la nieve y granizo que caía con frecuencia. Visitaba las trincheras, avivaba las faenas, animaba á los soldados, iba y venia continuamente á las baterías, y por fin, estableció su cuartel tan cerca de ellas, que las balas que llegaban mataron á muchos criados suyos. Últimamente, se rindió la ciudad por falta de socorros. Entró Julio por la brecha, como general vencedor, con toda la ostentacion y vanidad que pudiera mostrar un militar de veinte años. Entretanto los cardenales y obispos, que no hubieran dejado de asistir en gran número al concilio de Pisa si se hubiese cambiado la suerte del Papa, lo hicieron tan al contrario, que en vez de ser considerados, aun por los que eran menos adictos al Papa, como personas

que representaban la Iglesia universal, y como jueces de los Sumos Pontífices, no formaron mas que un conciliábulo de rebeldes y cismáticos, ni tuvieron jamás otro concepto.

27. No renovaremos aquí los tristes sentimientos que ha escitado en nuestros lectores la relacion de las protestas, citaciones, moniciones, procedimientos y sentencias injuriosas; pronunciadas en Basilea contra el Vicario de Jesucristo por unas asambleas tumultuarias de clérigos y prelados que no conocian sus verdaderos intereses. Basta haber pintado una sola vez los deplorables efectos de la discordia clerical. En una palabra, el concilio de Pisa, trasladado despues á Milán y á Leon, fue puntualmente en su época mas brillante lo que habia sido el de Basilea y Lausana en el último período de su degradacion. Cinco cardenales, quejosos del Papa ó condescendientes con los Reyes, á saber, Brizonnet, Prie, San Severino, Carvajal y Borja, le convocaron en nombre del Emperador Maximiliano y del Rey Luis XII. Asistieron á él cuatro con poderes de otros tres, acompañados de los arzobispos de Leon y de Sens, de catorce obispos franceses, de los abades del Cister, San Dionisio y algunos otros, de los diputados de las universidades de París, Tolosa y Poitiers, y de una turba inquieta de teólogos y juristas. Odet de Foix, señor de Lautrec, comisionado por el Rey cristianísimo, era el protector del concilio.

Por parte del Emperador no asistieron embajadores ni prelados, pues aunque este Príncipe mandó

celebrar en Amburgo una junta de eclesiásticos á favor de aquella empresa, la trataron todos de sediciosa y cismática. Tal fue tambien la idea que se formó de ella en todas las naciones cristianas, sin exceptuar á los franceses. Despues de la gloriosa y fatal batalla de Rávena, en que murió en el seno de la victoria á los veintitres años de edad, el valiente Gaston de Foix, duque de Nemours, y sobrino del Rey de Francia, fue llevado á Milán con otros muchos prisioneros el cardenal de Médicis, que era entonces legado de Julio II, y despues fue Papa con nombre de Leon X; y no solo le trataron con honor, sino que la mayor parte de los militares franceses le pidieron humildemente la absolucion de las censuras en que creían haber incurrido declarándose contra la santa Sede. No se atrevian á enterrar en lugar sagrado á los camaradas que morian de resultas de las heridas, sin que les hubiese dado antes permiso para ello el mismo legado: todo lo cual se hacia á vista del conciliábulo, trasladado ya desde Pisa á Milán, y sin oposicion ninguna de los que gobernaban la ciudad y todo el ducado en nombre de Luis XII.

28. Tuvo este desdichado concilio ocho sesiones (1), y solo tres de ellas se celebraron en Pisa. Los habitantes de esta ciudad miraban á los padres como escomulgados, y especialmente el clero de la catedral, en tales términos, que habiendo ido á ella los prelados en procesion, les negó la entrada en el coro, y los ornamentos necesarios para celebrar el santo

(1) *Act. II. Conc. Pis. p. 84. &c.*

sacrificio. Habiéndose quejado los padres á los magistrados, que eran florentinos y contemporizaban con la Francia, se obligó al clero á que los recibiese en el coro, pero permitiéndole que se retirase al entrar ellos, y que no los hablase ni tratase de ningun modo. Estas humillaciones, juntas con un principio de conmocion popular que daba motivo para temer mayores desórdenes, los obligó á ir á continuar sus sesiones á Milán, bajo la proteccion del gobierno francés. Tuvieron cinco sesiones en esta ciudad, sin adquirir por eso mayor reputacion. No llegaban obispos de Alemania: y cediendo el Emperador á las instancias del Papa, además de que le parecia que los franceses no se portaban con la actividad necesaria, propuso á Luis XII unas condiciones exorbitantes que no pudieron ser admitidas, y abandonó á Luis y á su concilio. Entonces hicieron una guerra viva á la Francia todos sus enemigos: fue reconquistado Milán; y habiendo pronunciado los padres del concilio un decreto de suspension contra el Papa Julio, se refugiaron á Asti, y despues á Leon, continuando en el empeño de que se tuviese aquella asamblea por un concilio ecuménico, á lo que les movia mas bien la vergüenza de verla disuelta tan de repente, que el deseo que tuvieron de prolongar sus operaciones. La celebracion de este concilio, así en Pisa como en Milán, duró desde el primer dia de Noviembre de 1511, hasta el 21 de Abril de 1512.

29. No estuvo ocioso el Papa en este intervalo. Despues de haber perseverado algun tiempo en una

cruel perplejidad, se determinó por último, siguiendo el consejo del cardenal del Monte, á oponer concilio á concilio, como lo habia hecho Eugenio IV con feliz éxito contra los padres de Basilea. Por consiguiente, espidió una bula en 18 de Julio de 1511, convocando un concilio ecuménico en San Juan de Letran, el dia 19 de Abril del año siguiente, y mandando á todos los obispos de la cristiandad que concuriesen á él para el dia prefijado, so pena de perder sus dignidades y beneficio (1). Por otra bula espedida contra los cardenales Brizonnet, Borja y Carvajal, sin hacer mension de los que eran menos célebres, les advierte que sino se presentaban en Roma en el término de sesenta y cinco dias, se les privaria de sus beneficios y del cardenalato. Habiendo espirado este término, los declaró realmente incursos en dicha privacion, comprendiendo en ella al cardenal de Cosenza, á quien habia perdonado hasta entonces por respetos políticos. Del mismo modo queria tratar á los cardenales de Albert y San Severino; pero se opuso á ello tan fuertemente la mayor parte del sacro colegio, que temió causar un rompimiento escandaloso entre aquellos prelados, los cuales no le eran muy afectos. La pesadumbre que tuvo con motivo de esta oposicion, y la violencia que fue necesario hacerse para reprimir los ímpetus de su genio fogoso, le produjeron una enfermedad peligrosa (2). Cayó en un desmayo tan considerable, que sus criados le tuvieron por muerto; pero volvió de él, y habiendo

(1) *Bull. t. 2. Jul. II. Const. 17.* (2) *Guich. l. 10.*

recobrado todas sus fuerzas , despues de haber estado bastante débil por algun tiempo , y de haber experimentado algunos síntomas convulsivos , abusó mas que nunca de su poder, porque no contento con haber puesto en entredicho á toda la Francia, escomulgado al Rey, y absuelto á sus vasallos del juramento de fidelidad, tuvo la idea risible de privar á la ciudad de Leon de la posesion en que estaba de celebrar ferias francas, y trasladó esta prerogativa á Ginebra, sin otro motivo que el de haber dado asilo aquella ciudad á los padres de Pisa (1).

30. Las consecuencias de la batalla de Rávena le desconcertaron sus planes por algun tiempo. Entonces dió oídos á proposiciones de paz, y difirió la apertura del concilio de Letran; pero habiendo invadido poco despues todos sus aliados y enemigos de la Francia los estados cismontanos y ultramontanos de Luis XII, resucitaron sus esperanzas, y abrió el concilio á 3 de Mayo de 1512. El dia 10 del mismo mes se celebró la primera sesion formal. Asistia el Papa en persona, con quince cardenales, setenta y nueve entre obispos y arzobispos, y seis entre abades y generales de órdenes religiosas. El número de los prelados llegó despues hasta ciento y veinte, por la mayor parte de Italia. Se declararon en esta primera sesion los motivos porque se habia congregado el concilio, que se redujeron, segun costumbre, además de la estincion del cisma, á la reforma tantas veces anunciada sin ningun efecto, á la paz entre los Príncipes

(1) *Rain. ann. 1512. n. 92. y 93.*

cristianos, y á la guerra contra los infieles. En la segunda sesion, celebrada siete dias despues, pronunció un discurso el general de los dominicos, Tomás de Vio, que fue luego cardenal con el titulo de Cayetano, en el que declamó fuertemente contra el concilio de Pisa, despues de lo cual se leyó la bula de confirmacion del nuevo concilio, á que accedieron todos los padres. La tercera sesion se difirió hasta el 3 de Diciembre, á causa de algunas enfermedades contagiosas, y para dar tiempo á que llegasen las personas que se esperaban; especialmente los ministros del Emperador, el cual se habia separado de la alianza de los franceses.

31. Entretanto adquirieron tal superioridad los enemigos confederados de esta nacion, que la fue imposible conservar sus conquistas en Italia. La ciudad de Génova fue una de las primeras que se rebelaron. Maximiliano Sforzia, hijo de Luis, volvió á entrar en el ducado de Milán, cuyos pueblos estaban gozosísimos de tener su Príncipe particular. Trivulce y la Palisse, que eran los generales franceses, se vieron reducidos á una imposibilidad absoluta de sostener la campaña, por haber sacado Luis XII bastantes tropas para resistir al Rey de Inglaterra, y haberse retirado seis mil alemanes, vasallos del Emperador. Despues de muchas maniobras bien entendidas, en que echaron el resto del arte de las marchas, campamentos y todo género de estratagemas, tuvieron á gran felicidad llegar al Piamonte con las reliquias de sus egércitos. Los aliados de Luis XII fueron víctimas

de su fidelidad y de la mala fortuna de aquel Príncipe, no solo en el país de los Alpes y del Apenino, sino tambien al otro lado de los Pirineos.

32. En este tiempo se apoderó de Navarra el Rey Católico, para redondear sus estados, y porque, como dicen algunos autores españoles, habia escomulgado Julio II á Juan de Albret, poseedor de aquel reino, por ser cómplice del cisma de Luis XII, y abandonado su país al primero que le ocupase; aunque hay otros que aseguran que no hizo mas que advertir al Rey de Navarra que no se mezclase de ningun modo con los que turbaban la paz de la Iglesia, amenazándole con espresiones generales si no le obedecia (*).

(*) La verdadera causa de la conquista de Navarra fue la siguiente. Arrojadlos los franceses de Italia, juzgó necesario el Rey Católico fortificar y guarnecer las fronteras de sus estados de España, para desvanecer qualquiera tentativa por parte de Francia; mas se le oponia un obstáculo digno de la mayor consideracion. Los Soberanos de Navarra veían á D. Fernando triunfante de todos sus enemigos, le consideraban como á un Monarca emprendedor y feliz en todos sus proyectos; y temiendo que se apoderase del reino, llamaron y recibieron en todas las plazas fuertes guarniciones francesas. En vano les propuso el Monarca español que se separasen de la Francia, representándoles el peligro que amenazaba á sus estados mientras que ocupase el enemigo una parte de la península, y ofreciéndoles custodiar y garantizar su reino; negáronse á todas sus representaciones y ofertas, y entonces, atendiendo Fernando á su seguridad, arrojó á los franceses, y logró en poco tiempo reunir la Navarra alta á la corona de Castilla. Otra semejante negativa, por parte de Juan y Catalina de Albret, le dió ocasion para terminar la conquista de toda la Navarra y la de las plazas que aquella Reina poseía en Cataluña.

Habia enviado Enrique VIII al Rey Fernando un ejército auxiliar con pretesto de apoderarse de la Guiena, y restituirla á la Inglaterra. Luego que desembarcaron las tropas inglesas, y se acamparon cerca de Fuenterrabia, pidió Fernando el paso al Rey de Navarra, con algunas plazas fuertes para unir á los españoles con los franceses, y trabajar de comun acuerdo en impedir el cisma de Francia. Negóse Albret á esta solicitud, y trató el Rey Católico de interesar á las tropas inglesas para que contribuyesen con las suyas á la conquista de Navarra: á lo que respondió el general inglés, que, segun las instrucciones que tenia, nada podia hacer su ejército contra aquel reino. Sin embargo, permaneció acampado en las inmediaciones, produciendo el mismo efecto que si fuese un ejército de observacion, de suerte que Fernando conquistó aquel reino en una campaña, despues de la cual se retiraron los ingleses con motivo del estrago que hacian en ellos el hambre y las enfermedades. Es de notar que, aunque Julio II hubiese depuesto al Rey de Navarra, no se habria verificado esta revolucion, á no haber sido por la funesta discordia entre Luis XII y aquel Pontifice: y aun podemos añadir, que á pesar de esta guerra eclesiástica, no hubiera experimentado Juan de Albret semejante desgracia, si hubiese tenido las cualidades con que se sostienen los imperios. „D. Juan (le decia despues muchas veces la Reina Catalina, su muger), si vos fueseis Catalina y yo Juan, reinariamos todavía.”

33. El dia 3 de Diciembre de 1512 se celebró la

tercera sesion del concilio de Letrán, con mucho regocijo del Papa Julio, pues vió que el gran negociador de Alemania, Mateo Laug, obispo de Gurck, renunciaba con énfasis, en nombre del Emperador, todo lo que se habia egecutado en la asamblea de Tours, y despues en el concilio de Pisa, y que adheria al de Letrán, como á la única reunion legitima de la Iglesia universal. Se leyó una bula que anulaba todo lo hecho en Pisa, en Milán y en Leon, y se confirmó el entredicho fulminado contra el reino de Francia, sin olvidar la grave supresion de las ferias de aquella última ciudad. En la sesion cuarta, celebrada á 10 del mismo mes de Diciembre, se combatió fuertemente la pragmática-sancion, establecida por Cárlos VII, suprimida por Luis XI, restablecida por Luis XII inmediatamente despues de su exaltacion al trono, y siempre tan mal vista en Roma como apreciada en Francia, donde se observó con mas ó menos puntualidad, segun las disposiciones recíprocas de ambas cortes. Despues de haber perorado largamente contra ella un abogado consistorial, se espidió un decreto, en que se citaba á todos los fautores de la pragmática, de cualquier clase y dignidad que fuesen, para que se presentasen en el concilio en el término de sesenta dias. La quinta sesion se celebró mas de dos meses despues de la cuarta, á 16 de Febrero de 1513. Durante este intervalo cayó el Papa en una enfermedad que le impidió asistir á ella, y debió dar fin á todos los estraños espectáculos que estaba presentando, hacia dos años, en la Cátedra de San Pedro. Concurrieron

á dicha sesion ciento treinta y cinco prelados, presididos por el cardenal de San Jorge, obispo de Ostia; y en ella se decretaron penas muy severas contra la simonia que se cometia en la eleccion de los Papas, y se hizo otro monitorio á la iglesia de Francia, para que respondiese acerca de la pragmática-sancion.

Conociendo Julio que se acercaba su última hora, conservó toda la presencia de ánimo y la firmeza que habia mostrado en todas las ocasiones. Recibió los últimos sacramentos el dia antes de morir con grandes demostraciones de piedad, y arregló con mucha serenidad el órden de su funeral, previniendo que no hubiese en él ninguna magnificencia. Despues declaró á los cardenales, que á ellos solos, y no á los padres del concilio, les tocaba elegir su sucesor; y que podian conceder el derecho de votar á los cardenales ausentes, pero no á los cismáticos, designando con este nombre á los gefes del concilio de Pisa. „Como Julian de la Rovere (añadió), les perdono con toda la sinceridad de mi corazon; pero como Julio y Cabeza de la Iglesia, debo vengar sus derechos; y los escluyo de la eleccion.” La gloria de Julio II habia llegado al mas alto grado, y aun escedido á sus propias esperanzas. Habia llenado este Papa del terror de su nombre la Italia y toda la Europa; veía á sus pies á aquellos mismos que se le habian mostrado mas enemigos: el cardenal de Luxemburgo le pedia humildemente la paz en nombre de Luis XII: la Reina Ana, que se estremecia solo al oír nombrar el